

Patetismo institucional

Manuel Segade

La característica fundamental del mundo actual es que sólo puede ser experimentado como representación. Como consecuencia, la construcción de la subjetividad ha dejado de ser un problema de ética para convertirse en un problema meramente estético: el de acertar a proporcionarse a uno mismo una adecuada representación.

La ciencia, el saber que se ocupa de la explicación del mundo, no puede ser ajena a esta maniobra. Las decisiones que marcaban los límites prácticos de hasta donde la razón científica podría llegar, antes las dictaba la ética. Ahora se valora la belleza de la formulación: el método en sí mismo, un procedimiento casi mecánico por el que de antemano se conocen los resultados, es una maniobra de apariencia perfecta, transparente en su sofisticación.

El arte nunca ha sido considerado una disciplina científica, a pesar de ser el equivalente más cercano a lo que podría ser una ciencia de la representación. Los artistas son expertos en desarrollar metodologías para su control. En las últimas décadas, se ha ido desarrollando una precisa estrategia que permite que la exposición pública de resultados sea igual a una formulación plástica del método mismo, con todos sus estadios y procesos de trabajo: una estética que adopta una razón científica y descubre a su vez la fragilidad convencional de aquélla.

En esta exposición Mariona Moncunill se centra en una ciencia intermedia, la estadística, que se basa en la interpretación de datos y se interesa por su capacidad de representar a un colectivo social. Al perder la relación de uno a uno, en la que se basa la ciudadanía, la estadística se refiere al individuo como multitud, como representante de un grupo, un baremo de archivo con respecto a un perfil determinado. La estadística regula la opinión personal para crear opinión pública, pero sujeta la decisión individual y su expresión a un contexto concreto, el de los datos mismos, y no al contexto material que en efecto las provoca. Sólo habla de una masa amorfa con apariencia calculada y adjetivada de antemano; clasificada precisamente por aquellas variables que jamás definen a un individuo como tal.

La ficción de un Instituto de Estadística Alternativa sustituye a la exposición misma: su planteamiento es una cuidadosa puesta en escena de una mentira. La claridad de una presentación de apariencia científica, el recurso a la estética de la administración, sirve a la artista para poner en cuestión el sentido del número, de la cuantificación económica. Clausura el poder mismo de la estadística, refrendándose en un trabajo en comunidad por medio de una técnica relacional. Se apoya en un contexto para elaborar un esquema didáctico que luego se representa en un *set*, que recurre a una narratividad evidente que es en sí misma una defensa de la comunicabilidad y del público como actor en el sentido resultante. Ahí es donde la decisión de elaborar cuidadosamente una mentira es un acto de responsabilidad: Mariona Moncunill no habla de estadística, sino de arte; y más que al arte, se está refiriendo a su sistema.

La invención de una institución revela el malestar de la artista joven ante la institución artística. Su capacidad de crítica es paralela a su dificultad de acceso al sistema del arte. El exceso de los resultados estadísticos, la imaginación y fantasía del dato, la poesía del mal de archivo... es la recuperación de una sensibilidad, la de la crítica institucional de los 70 que ya no cabe dentro de las propias instituciones que hoy la revalidan a través de su congelación musealizada. El campo artístico que diseña la artista –que salva las distancias a través de herramientas legitimadas de identificación social, como una imagen corporativa o un

aula de comunicación– tiene la intención de servir como herramienta real para incidir en la comunidad de recepción; o al menos este organismo alternativo fantasea con su posibilidad.

Este extrañamiento fantástico de la cotidianeidad por medio del arte, que trata la cultura popular a través de referencias cultas y que no renuncia a una visión poética que podría caer en lo cursi si no fuese por la mordacidad de su humor, es una visión compartida por una generación. Son patéticos, en el sentido de que su *pathos* –la pasión o la experiencia que modifica en cada punto lo dado– modula a su *ethos* –aquello que el individuo tenía como punto de partida–.

El Instituto que ha fundado Mariona Moncunill, casi un homenaje a la patafísica de Jarry, descubre cómo la autorrepresentación que proyecta en sus obras es precisamente la de un escenario en el que el espectador pueda encontrarse con su propio patetismo: con la fluidez de su identidad en relación a un escenario en el que ser consciente de que su posición no es más que un movimiento viscoso con respecto a todo el resto.